
Padre e Hijo

Emilia Pardo Bazán

textos.info
biblioteca digital abierta

Texto núm. 6611

Título: Padre e Hijo

Autor: Emilia Pardo Bazán

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 9 de mayo de 2021

Fecha de modificación: 9 de mayo de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Padre e Hijo

Cuando al Año nuevo de 1914 entró a saludar filialmente al de 1913, que estaba poco menos que dando las boqueadas, el médico, reservado y grave, secreteó a la niñera que acompañaba al nene:

—El pobre señor apenas puede resollar... Pero, como tendrá que aconsejar a su sucesor, vamos a administrarle una buena dosis de cafeína... Por eso no se ha de morir un minuto más pronto ni más tarde.

Con la droga reanimose el moribundo y parpadeó, y sonrió entre amable e irónico a la criatura, que era una monada, una figurita muy semejante al Amor, tal cual lo representan los cuadros de Boucher y los grabados de Volpato y Morghen. Sobre la piel, dulcemente bombeada por gentiles redondeces, jugaban hoyos menudos, traviesos, marcándose como improntas del dedo de Venus en las dos grandes hojas de rosa del nalgatorio y en las junturas de brazos y piernas. La cara era de gloria, luminosa, cándida y picaresca a la vez; la boca, un capullito entreabierto, y la testa, cargada de rizos de oro, parecía alumbrar el aire con un brillo y fulgor de tanta sortija rubia.

—¡Hola, hola, picaruelo! ¡Qué animados venimos! —articuló el anciano, arropándose en la pelliza de nutria, no menos pelada y vetusta que su dueño, y además muy cochambrosa—. Parece que hay ganas de vivir, ¿eh?

—¡Ya ve, papá!... —contestó el nene, más despabilado que un candil.

—Ya, ya veo que tenemos ilusiones... Y, de fijo, planes,

proyectos, ideas de reformas..., y, además..., convencimiento de que papá no ha hecho sino tonterías... ¿A que sí?

No se atrevió el pequeño a responder de plano; pero algo había de todo eso..., algo había...

—Y lo más gracioso, *iejem!, iejem!* —tosiqueó el anciano, casi ahogado por una flema—, es que la humanidad opina igual que tú, criatura. A estas horas, en la tarde del día último, no habrá hombre que de mí no reniegue y que no confíe en ti. Yo he sido un pillo, y he dado pato, ¡y qué pato! Al fin, soy un año trece... Tú vas a remediar los males, a resolver los problemas que yo dejo planteados y más embrollados que nunca. Tú les traes en los bolsillos...

—No, eso no, porque no los tengo. Y el chico señalaba, riendo, su desnudez.

—Bueno, pues en las manos o como sea..., riquezas, venturas, salud y honra, y todos, al pensar en ti, piensan también en cambiar de conducta, en guiar mejor el automóvil de la vida para no estrellarse... Mira si es imbécil la humanidad.

—¿Y si aciertan? —declaró el chiquillo engallándose—. ¿Por qué no he de ser más afortunado o más listo que tú, papá? Y, además, yo soy joven, y tú eres viejo, ¡muy viejecito!...

El Año moribundo, al oír esto, soltó una risita fúnebre.

—Según eso, ¿tú crees que yo no he sido joven también?

—Pero hará mucho tiempo —murmuró aturdidamente el nuevo Año.

—Así que llegues a mi edad, te parecerá que se ha pasado la vida en un minuto... —suspiró el 13.

—Y yo nunca seré como tú, papaíto... —insistió el 14, terqueando—. Es imposible, ¿no lo conoces? Mírame. ¿Puedo

volverme... así? ¿Por qué toses tanto? ¿Por qué pones esa cara tan triste?

—Tú deja que pasen trescientos sesenta y cinco días y la tendrás igual o peor —respondió el caduco—. Como que deben fotografiarme, y te darán una prueba tamaño *promenade*, y dentro de los trescientos, etc., te mirarás al espejo y me recordarás...

—¡Ay, papá! No quiero..., no quiero ser, perdona, tan feíto...

—¡Si valiera no querer! Puede que seas más feo aún... Cada uno tiene su vejez, y cada vejez es más fea que las otras... Aguarda, presumido, aguarda. Se te pondrán los ojos lloricones, el pellejo plisado, el vientre como un odre vacío, la boca como un sumidero, la nariz mucosa...

—No, eso, ya a veces... —declaró el chico, intentando sonarse, aunque pañuelo no lo llevaba.

—Tendrás una calva zapatera, un pescuezo flácido, unas piernas de algodón en rama, y en las manos unas venas sobresalientes, azules, como viborillas, y unos dientes amarillos y sarrosos, que temblarán en las encías, y un estómago hediondo, y unos pulmones que se ahogan, y unos pies que tropiezan, y un corazón que se achica, y un cerebro que olvida y pierde los nombres y las nociones de las cosas... Y serás ridículo, impotente, miserable en todo y por todo..., *iejem, ejem, quenj, quenj!*, como yo..., y lo único que desearás será irte a descansar a un nicho del gran Cementerio de los Años, en el Palacio del Tiempo, nuestro padre común... ¡Morir cuanto antes! ¡Morir!

El niño se chupaba un dedito, reflexionando. Todo ello debía de ser invención del taimado viejo para disgustarle, en venganza de que él venía a sustituirle. La vida, ¡vaya!, era guapa cosa; los que son jóvenes, tan jóvenes, y sienten en las venas una sangre cálida y bullente, no se mueren así como así, ni se les pone la cara tan rara, ni sufren esa tos

que parece que se están deshaciendo por dentro en babas y en porquerías...

¡Bah! No había que hacerle caso... ¿Y de qué serviría hacérselo, además?

—Papá, no digas eso —susurró, al fin, cariñoso, pues era buenecito y le daba lástima el vejacón—. Tú vas a vivir todavía años..., digo, años no..., en fin, bastante... ¿Verdad, señor médico? Todos viviremos tan contentos y tan alegres. ¿No es eso, papaíto?

—Los niños precoces viven poco —declaró el médico, solemnemente—, pero los ancianos moribundos, menos todavía... ¿No ves, Año incauto, cómo detrás de aquellos montes asoma la luna, que parece una placa de plata recién bruñida? ¿No oyes que suenan, melancólicas y majestuosas, en el eterno reloj secular, las horas de la noche última? Tu padre va a entrar en la agonía.

El viejecito parecía sumido en un coma, precursor del tránsito; pero las palabras del doctor le galvanizaron de pronto. Se estremeció hondamente; por segunda vez abrió los párpados y su mirar atónito chispeó.

—¡La agonía! —gritó con voz remontada—. ¿Quién habla de agonía? ¡No quiero morir!... ¡No quiero morir aún!... ¡Vivir, vivir un poco más!... ¡Doctor!... ¡Por compasión!... ¡La vida!

Y, agotado por el esfuerzo, recayó anhelante, en un acceso de disnea, contra el respaldo del sillón.

El niño volvía a reflexionar, metiendo la yema del índice entre las hojas de flor de los labios. Y volviéndose hacia la niñera, pronunció por fin:

—¿Ves, chachita? Me engañaba papá. ¡Maldita gana tenía papá de morirse!

Emilia Pardo Bazán



Emilia Pardo Bazán (La Coruña, 16 de septiembre de 1851-Madrid, 12 de mayo de 1921), condesa de Pardo Bazán, fue una noble y aristócrata novelista, periodista, ensayista, crítica literaria, poeta, dramaturga, traductora, editora, catedrática y conferenciante española introductora del naturalismo en España. Fue una precursora en sus ideas acerca de los derechos de las mujeres y el feminismo.

Reivindicó la instrucción de las mujeres como algo fundamental y dedicó una parte importante de su actuación pública a defenderlo. Entre su obra literaria una de las más conocidas es la novela Los Pazos de Ulloa (1886).

Pardo Bazán fue una abanderada de los derechos de las mujeres y dedicó su vida a defenderlos tanto en su trayectoria vital como en su obra literaria. En todas sus obras incorporó sus ideas acerca de la modernización de la sociedad española, sobre la necesidad de la educación femenina y sobre el acceso de las mujeres a todos los derechos y oportunidades que tenían los hombres.

Su cuidada educación y sus viajes por Europa le facilitaron el desarrollo de su interés por la cuestión femenina. En 1882 participó en un congreso pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza celebrado en Madrid criticando abiertamente en su intervención la educación que las españolas recibían considerándola una "doma" a través de la cual se les transmitían los valores de pasividad, obediencia y sumisión a sus maridos. También reclamó para las mujeres el derecho a acceder a todos los niveles educativos, a ejercer cualquier profesión, a su felicidad y a su dignidad.